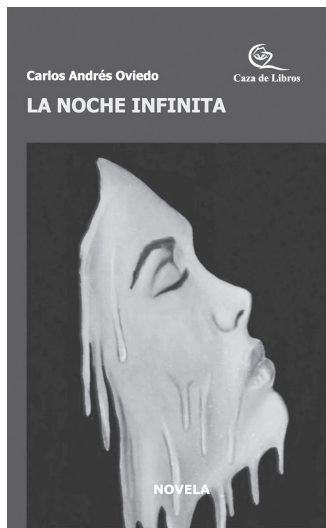


# Carlos Andrés Oviedo: *La noche infinita*



Joaquín Peña Gutiérrez\*

**E**l autor nació en Ibagué en 1981. Abandonó otros estudios para dedicarse a la literatura. *La noche infinita* es la tercera novela en orden de escritura. Cuando nos saludamos en la pasada Feria del libro, manifestó sentirse más seguro de la escritura de esta. Las otras, no lo expresó del todo, habían servido de aprendizaje. Al otro día, cuando quisimos que nos firmara la obra, ya había regresado a la ciudad de donde, parece, se había alejado por primera vez. Mencionó algunos autores de un gótico más o menos actual como Lovecraft. Mencionamos algunos de atrás como Walpole. No sabíamos qué pensar. Cuando miramos el epígrafe, entonces lo supimos. *Pedro Páramo*. Rulfo. Ah, qué buena compañía. ¿Suficiente una buena compañía, solitaria? ¿Solitaria? No lo sabemos. Aunque creemos encontrar con facilidad algunas señales evidentes de *El principito* y de *Alicia*, la de

Carrol. Quién sabe cuántas, secretas. En términos visibles e inmediatos trae otra compañía buena: Benhur Sánchez Suárez, el novelista que escribe una nota de saludo en la contraportada. Vamos a ver, dijimos, y vimos.

La historia de Edna Solirio desde antes de nacer hasta cuando muere a los 13 años, en el 2019, en Ibagué, durante disturbios públicos mientras busca al papá, que es escritor. El talento del padre le alcanza para ganar un premio con el que compra casa. Pero la desgracia le cae a él, a la ciudad y al país a raíz de una guerra con tres países vecinos. La mamá es profesional y docente. Termina postrada. Se levanta de la cama solo para ir al baño. Solirio es una niña flaca, estudiosa, cegata, le gusta el clarinete y entra al conservatorio a estudiarlo después de escuchar en él alguna canción triste interpretado por un amigo del papá; le suceden cosas, extrañas, si el lector no se da cuenta que está muerta. Y, así lo digamos aquí, no se da cuenta. Estos hechos y muchos otros son, en parte, la novela. Ellos con ella se dejan leer con satisfacción. Nada de fatiga, sospechas o dudas.

Otra parte que también es la novela, inseparable de la anterior y muy importante,

\* Joaquín Peña Gutiérrez. Escritor. Docente de la Universidad Central.

corresponde a la manera como está contada la historia. En la página 10, el lector parece encontrar una carta de navegación decisiva, que responde a una condición de la obra artística, la autonomía; para el caso, contener sus propias claves:

... no pasó por su cabeza un recuerdo en primera persona sino en tercera, y entonces hizo conciencia de que las escenas capturadas en su memoria se reproducían como ellas lo desearan; sentada en la baqueta advirtió que tras la llegada al limbo perpetuo todo era así, remembranzas dentro o fuera de su mirada, nunca sabía cómo iba a aparecer la siguiente, si un filme o una simulación, si una vista en plano general o cerrado, incluso...

Nos enteramos, adelante, que también utiliza la segunda persona; afirma que es “estúpido creer que el monólogo literario hace justicia a ese laberinto llamado mente humana.” Igualmente, combina los estilos directo, indirecto e indirecto libre. ¿Quién, al fin, cuenta la historia? ¿El monólogo extrañísimo de una niña muerta? También desaparecen el tiempo y las dimensiones del movimiento de la niña y de la historia aunque el lector se sienta muy cómodo en la dimensión de su realidad, y en varios momentos identificables, de la ciudad, real, de Ibagué. Este procedimiento narrativo,

nada común entre nosotros, y bien aclimatado, desmembra del todo el realismo al que todavía estamos acostumbrados.

“justo el día (...), a altas horas de la noche (...), de una buena vez (...), la emprendió de palmetazos (...), cuentan las historias que le impregnaron los años (...), un ligero toque” y otras expresiones o palabras equivalentes, algunas, lugares comunes; otras, no del todo apropiadas; hay que mencionar la “o”, las comas que separan el vocativo dentro del parlamento (¿Qué haces aquí niña? —aquí, niña?). Estas cositas no son buena compañía en una narración que se ha decidido por la creatividad con una firmeza estética considerable. Esto, si no se mira con cuidado, pasa aunque quede. Otro aspecto, que mencionamos como interrogante. Todos los episodios están atravesados por un subepisodio fantástico; menos uno, el que corresponde a las vueltas de la chica para entrar a estudiar clarinete en el Conservatorio, muy bueno, por lo demás. Al menos este lector se quedó esperando la “fuga” que, al fin, no apareció. ¿Esta circunstancia rompe la armonía, la clave que, en lo demás, sostiene la novela?

Se está ante la presencia de un narrador y de una novela nuevos, bastante nuevos en nuestra literatura. Bien. Y bien por la editorial Caza de Libros que se animó a publicarla. ■